

JORNADA A BARCELONA DE ISABEL CRISTINA DE BRUNSWICK, ESPOSA DEL ARCHIDUQUE CARLOS (1708)

Virginia León Sanz

Universidad Complutense de Madrid¹

Resumen: El 18 de agosto de 1707 el Archiduque Carlos anunció su matrimonio con Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbüttel en Barcelona, donde había establecido su Corte en 1705 en el marco de la Guerra de Sucesión española. El momento elegido no fue casual. Se vivía una situación crítica para sus pretensiones de heredar el trono de Carlos II tras la derrota de Almansa en primavera y la publicación borbónica a finales de junio del primer decreto de Nueva Planta que modificaba la relación entre rey y reinos que había caracterizado la monarquía de los Austrias. En este trabajo se analiza el viaje de Isabel Cristina desde su salida de Viena hasta su entrada en la capital catalana. El paso de la reina por los diferentes Estados italianos adquiere un sentido político de gran significación en el marco de la disputa dinástica. El 25 de julio Isabel Cristina llegó a Mataró a bordo de la escuadra inglesa y el 1 de agosto hizo entrada pública en Barcelona. Pieza esencial en el juego político a partir de ahora, su presencia en la Corte catalana se convirtió en un aliciente para la causa austracista. Modelo de belleza y de virtudes según las fuentes de la época, la construcción de la imagen de la reina formaba parte de la propaganda impulsada desde la Corte para recuperar la iniciativa en medio de los problemas que atravesaba el bando austracista.

Palabras clave: Isabel Cristina de Brunswick, Archiduque Carlos, Guerra de Sucesión española, propaganda política, Corte de Barcelona, siglo XVIII.

Abstract: Archduke Charles of Habsburg made known his nuptial compromise with Elisabeth Christine of Brunswick on 18 August 1707 in Barcelona, where he had established the Court from 1705 during the War of the Spanish Succession. The moment of announcement was chosen because of the losing of Almansa battle during the last spring and the publication of the Nueva Planta decree given by the Bourbon candidate. This new situation changed the relationship between the king and the kingdoms in Spanish monarchy. This article analyse the trip of Elisabeth Christine from Vienna to Barcelona. The journey had advertisement and political aims. She visited some Italian cities to obtain political benefits for the dynastic dispute. On 25 July 1707 Isabel Cristina came to Mataró (Catalonia) on an English ship. She made her public entrance in Barcelona the first of August. She was an essential piece in the political play. She was shown as a model of beauty and virtues. The image had an important role in

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico, Plan Nacional I+D+i (2006), HUM 2006-01580HIST: "Relaciones entre España-Austria en la primera mitad del siglo XVIII".

the political propaganda programme in the Court in order to overcome the troubles of the austracist party at the time.

Key words: Elisabeth Christine of Brunswick, Archduke Charles of Habsburg, War of the Succession in Spain, the political propaganda of Habsburgs, Barcelona Court, Eighteenth century.

Su Majestad Católica (que Dios guarde y prospere) para aumento de sus Estados y Reinos y para asegurar la incomparablemente importante sucesión de su Real Persona y mayor acrecentamiento de los Héroes de la Augustísima Casa de Austria, como también para mayor gloria de España y de toda la Cristiandad, habiendo resuelto efectuar su Matrimonio con la Serenísima Princesa Isabel Cristina de Brunswick, Luneburgo de Wolfenbützel mandó que se publicase en la Corte de Barcelona 18 de agosto del año pasado.²

El 18 de agosto de 1707 el Archiduque Carlos anunció su matrimonio con Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbützel en Barcelona, donde había establecido su Corte en 1705 en el marco de la Guerra de Sucesión española. El momento elegido no fue casual. Se vivía una situación difícil para sus pretensiones de heredar el trono de Carlos II tras la derrota de Almansa en primavera y la publicación borbónica a finales de junio del primer decreto de Nueva Planta que modificaba la relación entre rey y reinos que había caracterizado la monarquía de los Austrias. Además, su rival, Felipe V estaba a punto de tener un heredero: el infante don Luis nació el 25 de agosto.³ La misión fundamental de las reinas era dar continuidad a la dinastía. A este respecto, el historiador catalán Castellví escribió: "Era mucha la importancia de la sucesión masculina".⁴ Las primeras noticias que se tienen en España de Isabel Cristina están relacionadas con esta cuestión fundamental. Y el principal argumento de su marcha de Barcelona en 1713 será el mismo: la sucesión. Pero, además, la decisión del Archiduque de contraer matrimonio y el traslado a Barcelona de su esposa fortalecía a la Casa de Austria como alternativa política donde las armas fracasaban.

² "RELACIÓN de los reales desposorios de sus Majestades y demás funciones ejecutadas en Viena hasta el día que partió la Reina nuestra Señora (Dios le guarde) para Italia, la cual se ha traducido de idioma alemán, en el español; y Diario del viaje de Su Majestad hasta Milán". Instituto Municipal de Historia de Barcelona. Rafael Figueró, Impresor del Rey nuestro Señor, Año 1708. Agradezco a F. Riart el haberme facilitado el acceso a esta crónica.

³ H. Kamen, *Felipe V. El rey que reinó dos veces*, Madrid, 2000, p. 72 y ss.

⁴ F. de Castellví, *Narraciones históricas...*, Madrid, 1998, II, pp. 377 y 493.

LA ELECCIÓN DE LA CORTE IMPERIAL. EL CAMINO ITALIANO

La candidata elegida era una princesa protestante conocida en la época por su gran belleza. Pero no había sido la primera opción. Con anterioridad se barajaron otros nombres: para consolidar la Alianza, se pensó en la infanta Teresa, hija del rey Pedro de Portugal, aunque murió el 16 de febrero de 1704, antes del desembarco del Archiduque en Lisboa; otra candidata fue Guillermina Carlota de Brandenburgo-Ansbach, culta y hermosa, pero de arraigadas convicciones protestantes, que se casaría con Jorge I de Inglaterra.⁵ La familia de Brunswick y Luneburg poseía el ducado de Brunswick desde 1253 por investidura de Federico II y estaba emparentada con la casa de Hannover, cuyo heredero Jorge se convertiría a la muerte de la reina Ana en rey de Inglaterra. El filósofo y matemático Leibniz, que en esta época era bibliotecario y amigo de la familia Brunswick, apoyó el enlace en la Corte imperial.⁶ En la Edad Moderna, las bodas reales se hacían entre iguales, con hijas de reyes o príncipes soberanos. Motivos políticos, unidos a los religiosos, y no sólo en el caso de la Casa de Austria sino en todos los tronos europeos, explican que los matrimonios regios fueran una cuestión de Estado. Aunque en estos matrimonios muchas parejas eran felices, empiezan a aparecer elementos nuevos en el siglo XVIII como el conocimiento previo. También la edad de casamiento, a veces demasiado temprana, comienza a tenerse en cuenta; se trataba de una práctica cuyas consecuencias nefastas denunció el teórico austracista Amor de Soria.⁷ No era el caso de Isabel Cristina, que nacida en 1691, tenía diecisiete años cuando llegó a Barcelona.

Según San Felipe, el Archiduque sólo conocía a su futura esposa por un retrato, algo habitual en la época.⁸ Parece, sin embargo, que no fue así, ya que cuando se dirigía a Holanda en su viaje hacia España, se preparó un encuentro con ella.⁹ El 11 de octubre de 1703 Carlos llegó a la gran feria de Lipsia, a la que solían acudir los príncipes del Imperio, y se detuvo hasta el 12 a mediodía. El Archiduque tuvo ocasión de acercarse a Isabel Cristina y

⁵ P. Voltès, *Catalunya i l'Arxiduc Carles*, Barcelona, 2000, p. 50.

⁶ Leibniz colaboró a favor de la Casa de Austria en la sucesión española con escritos como *Manifiesto en defensa de los derechos de Carlos III, rey de España*; J. Salas, *Leibniz. Escritos políticos*, Madrid, 1979, p. 35 y ss.

⁷ RAH, Amor de Soria, *Addiciones y Notas Históricas desde el año 1715 hasta el 1736*, Viena 1736, estudiado en V. León Sanz, "El conde Juan Amor de Soria: Una imagen austracista de Europa después de la Paz de Utrecht", *VIII Reunión Científica de la Asociación de Historia Moderna, El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*, Madrid, 2005, pp. 1529-1550.

⁸ V. Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe, *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V el Animoso*, Madrid, 1957, p. 153.

⁹ Castellví, *Narraciones históricas...*, II, pp. 377 y 493.

“de la entrevista quedó el rey inclinado a sus perfecciones y méritos”. No es la única discrepancia que existe entre las obras de San Felipe y de Castellví. Las versiones del viaje son también contradictorias. A lo largo de sus *Narraciones históricas...*, Castellví trata de corregir y aclarar las equivocaciones contenidas en la crónica del felipista sardo, unas veces atribuidas a simples errores y otras a la mala fe de su autor para desacreditar a personas ligadas al partido austracista.¹⁰

Una vez escogida Isabel Cristina, su hermano el emperador José I se ocupó de todas las cuestiones relativas al matrimonio. El principal obstáculo radicaba en la confesión protestante de la familia Brunswick. Cuando la princesa estuvo dispuesta a convertirse se allanó el camino, aunque antes el abuelo, el duque Antonio Ulrico, consultó sobre su conversión a la Universidad de Helmstad que dictaminó que “la princesa Isabel en la mutación de religión no ponía en peligro su salvación y que podía con segura conciencia abrazar la religión católica”. Los jesuitas austríacos se encargaron de la instrucción católica de la princesa y enviaron al padre Tönneman a Brunswick. El conde Poar acompañó a la princesa de Wolfenbüttel a Bamberg el 19 de abril de 1707, donde abrazó la nueva religión y abjuró de la protestante ante el obispo de Maguncia. Isabel Cristina se estableció en la Corte de Viena con la familia imperial y continuó su formación católica. Las noticias procedentes de España sobre el avance de las tropas borbónicas tras la batalla de Almansa retrasaron el viaje de la princesa a Barcelona.

Cuando el proclamado rey Carlos hizo público su compromiso en Barcelona en agosto del 1707, también mandó que se informase del anuncio a su futura esposa a través del embajador español en la Corte de Viena, el marqués del Basto y de Pescara,¹¹ y del conde de Galve, gentilhomme de su cámara, a quien envió expresamente desde Barcelona acompañado de Francisco Pérez de Segura, en calidad de secretario, con la misión de enseñar a la nueva reina el castellano. Al comenzar el año 1708, Carlos instó a su hermano el envío de su esposa. Disponemos de una interesante Crónica que relata los desposorios y el viaje de la princesa publicada en 1708 por el impresor real Rafael Figueró.¹² En presencia de los emperadores y de la condesa Catalina Caraffa, española, camarera mayor de sus majestades cesáreas, durante la ceremonia se leyó un discurso en español, se dieron las cartas credenciales y como era habitual en la época, Galve entregó a la princesa un retrato del rey Carlos y joyas de gran valor. Después de este acto, que se completó con las debidas celebraciones religiosas, se dieron las órdenes ne-

¹⁰ V. León Sanz, “Hacia una historia austracista después de la Guerra de Sucesión”, *Miscel·lània Ernest Lluch i Martín*, Barcelona, 2006, I, pp. 445-458.

¹¹ M. A. Ochoa Brun, “La diplomacia española durante la Guerra de Sucesión”, E. Serrano, *Felipe V y su tiempo*, Zaragoza, 2004, I, pp. 701-723.

¹² Figueró, “RELACIÓN de los reales desposorios de sus Majestades...

cesarias para disponer el viaje a través de Italia “con el esplendor y grandeza propia de esta Augustísima Corte”.

La narración del traslado de Isabel Cristina desde Viena a Barcelona constituye un magnífico testimonio sobre la capacidad de propaganda de la Casa de Austria.¹³ Desde el inicio de las hostilidades, la propaganda debió transformarse, pasando de la representación a la confrontación en los dos bandos. La Casa de Austria tenía una larga experiencia. Como Felipe V, su rival el Archiduque Carlos durante la contienda dinástica tampoco descuidó un instrumento tan eficaz y bien probado como la publicística ni la participación en ceremonias a favor de su candidatura.¹⁴ El viaje de la reina se utilizó para contribuir a la adhesión de los territorios italianos a la causa austríaca, se quedasen o no bajo la órbita española, ya que los súbditos de aquellos dominios desconocían el pacto de 1703 impuesto por el emperador Leopoldo a sus hijos, que incluía la cesión de Milán a Viena.¹⁵

La ceremonia de los desposorios tuvo lugar en la Iglesia del Real Monasterio de Kloster-Neuburgo el 23 de abril, donde fueron entregados los poderes del rey Carlos III, en latín con algunas cláusulas en castellano. La celebración se llevó a cabo con la mayor solemnidad. El emperador, vestido “con pomposo y rico manto”, fue preguntado por el Cardenal primado de Sajonia-Weitz “Si su Majestad Imperial conservaba la voluntad de desposarse con la Serenísima princesa Isabel Cristina en nombre de su Serenísimo hermano, el rey Carlos III” y a continuación preguntó a la Serenísima Reina Esposa “Si estaba con la intención de desposarse con la Majestad Católica de Carlos III, rey de las Españas y de las Indias”.¹⁶ La Corte imperial destinó 321.669 gulden a los actos y al viaje.¹⁷ El tratamiento que recibió Isabel Cristina a partir de este momento fue el de reina de España. En un principio se pensó que hiciera el viaje con la archiduquesa María Ana de Austria, esposa del rey de Portugal Juan V, pero se temió que algunos territorios no le dieran el trato de reina como a la archiduquesa y se decidió que fueran por separado. El relato muestra intencionadamente la religiosidad de la reina con la noticia pormenorizada de todas las misas a las que asistió y de las iglesias o monasterios que visitó durante su recorrido. Pero también

¹³ F. Edelmayer, “La Casa de Austria. Mitos, propaganda y apología”, A. Alvar, J. Contreras y J. I. Ruiz Rodríguez (eds.), *Política y Cultura en la Edad Moderna*, Alcalá de Henares, 2004, pp. 17-28.

¹⁴ C. Martínez Shaw y M. Alfonso, *Felipe V*, Madrid, 2001; R. García Cárcel, *Felipe V y la opinión de los españoles*, Barcelona, 2002. Disponemos de numerosos estudios sobre la imagen de Felipe V, como los de Y. Bottineau, M. Morán o M. Torreone, entre otros.

¹⁵ V. León Sanz, *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey de España*, Madrid, 2003, p. 51 y ss. L. & M. Frey, *A question of Empire. Leopold I and the War of Spanish Succession*, New York, 1983.

¹⁶ Figueró, “RELACIÓN de los reales desposorios...”.

¹⁷ Castellví, *Narraciones históricas...*, II, pp. 493-95.

aporta rasgos de su carácter y de su talante, destacando, entre otros, la función maternal que establece en la relación con sus súbditos y su proximidad, sin menoscabo de su dignidad.

Al día siguiente de la celebración, emprendió el camino hacia Italia por el interior de Austria, en dirección al Tirol, acompañada por el obispo de Osnabruck, Lotario Carlos, más tarde elector de Tréveris. Después de que el 28 de abril visitase un monasterio de religiosas carmelitas, tuvo un encuentro en Otingen con la duquesa de Wolfenbüttel, su madre, a la que no permitió la tratase con la veneración de reina, admitiendo, en cambio, la reverencia de su hermana. El 25 de mayo llegó a Innsbruck donde envió un despacho al rey Carlos y prosiguió el camino hacia Milán.

Su Jornada a Barcelona fue de trabajo. Su presencia por las diferentes localidades se aprovechó para afianzar la lealtad a la Casa de Austria en un ambiente alegre y distendido. Concedió frecuentes audiencias y permitió a la nobleza que besase su mano. En Bolzano, por ejemplo, se convocó una Conferencia en la posada en la que se hospedaba el obispo de Osnabruck en la que participaron los ministros de la Corte. La reina escribió cartas y más tarde recibió en audiencia a las primeras damas de la ciudad, que tuvieron la honra de besarle la mano. Las celebraciones eran amenizadas con música popular y en ellas corría el vino de forma abundante para entretenimiento de la población. También fueron frecuentes las ceremonias religiosas en las que el órgano desempeñó un papel destacado. Cuando llegó a Trento el 21 de mayo, el pueblo le mostró su afecto y por la noche le obsequió con la iluminación de las calles y con tiros de cañones y morteros; delante del palacio se colocaron dos fuentes llenas de vino.

El paso de la reina por los diferentes Estados italianos adquiere un sentido político de gran significación en el marco de la disputa dinástica. Los dominios de la Monarquía Hispánica de Milán y Nápoles estaban ya bajo la órbita de la Casa de Austria, pero la existencia de una importante facción proborbónica no se podía obviar.¹⁸ La marcha del cortejo real constituyó una especie de termómetro sobre el grado de adhesión a los Habsburgo. Las élites milanesas, napolitanas o sicilianas, ligadas por estrechos vínculos económicos, políticos, familiares y clientelares que durante siglos habían sido fundamento de los equilibrios político-administrativos del gobierno español se vieron obligadas a optar. Las noticias sobre el tránsito de la reina por tierras italianas y el apoyo de sus Estados son narradas de forma diversa por los historiadores de la época. Según San Felipe, Isabel Cristina

¹⁸ F. Galla, "Italia entre los Habsburgo y los Borbones", P. Fernández Albaladejo (ed), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2000, pp. 141-162. G. Galasso, *Napoli spagnola dopo Masanello*, Florencia, 1982. A. Álvarez-Ossorio, *La República de las parentelas. El Estado de Milán en la monarquía de Carlos II*, Mantua, 2002.

atravesó Brescia de incógnito y rechazó todo obsequio porque los venecianos no quisieron darle el tratamiento de reina. Castellví califica esta afirmación como "la clásica equivocación que padece don Vicente Bacallar en sus *Comentarios...*" y explica que a su paso por Venecia "fue recibida y obsequiada con el tratamiento de reina de España, hospedada con magnificencia a gastos de la República en todo el tránsito sobre el Veronés y Bresciano".¹⁹ Las autoridades venecianas quisieron mantener a su costa el cortejo de la reina. La República destinó al marqués Alegri, despachado por el Proveedor General Delfino, para que acompañase a Isabel Cristina durante su paso por sus dominios. La reina correspondió con muestras de la mayor estima hacia Venecia y hacia su embajador. Cuando llegó a Dolce, fue recibida con sus acompañantes con refrescos variados y continuaron los agasajos.

En Desenzano dio audiencia al duque de Módena, a los gentileshombres de cámara y se encontró con el conde de Molar; en cambio, no tuvieron ocasión de verla los embajadores del Estado de Milán que se habían desplazado. Por la noche, Brescia acogió a la reina con una salva real del Castillo. Al día siguiente fue a Misa en el Domo de esta ciudad y tuvo audiencia pública, entre otros, con el Proveedor General Delfino, con los gentileshombres y cubrió como Grande al marqués de Rofrano, quien en 1711 se encargaría de organizar la Jornada a Alemania del Archiduque Carlos para su coronación Imperial en Francfort.²⁰ El duque de Parma, recibido también en audiencia pública, obsequió a la reina en nombre del Gran duque de Toscana. El Proveedor dio un baile en su cuartel al que asistieron las principales personalidades que acompañaban a la reina. El día 28 los embajadores del Estado de Milán cumplimentaron a Isabel Cristina y en esta ocasión lograron besar su mano cerca de 200 caballeros milaneses. El Proveedor regaló a la reina sesenta canastas llenas de flores, frutos y vasos muy bien labrados de Venecia.

El 31 de mayo Isabel Cristina llegó a Milán, donde hizo entrada pública el 10 de junio con la mayor ostentación. La función fue sumamente lucida y magnífica "por lo mucho que aquella Nobleza acostumbra en semejantes ocasiones ostentar su fidelidad y lustre, no siendo explicable el consuelo y la alegría de que llenó a Milán su Majestad con su presencia".²¹ Estaba en territorio bajo soberanía austriaca. Y como se hizo después en Mataró y en Barcelona, se aprovechó la presencia de la reina para ganar afectos en medio de un entorno festivo, muy diferente de la realidad que imponía la contienda bélica.

¹⁹ Castellví, *Narraciones históricas...*, II, p. 495.

²⁰ H.H.St, *51 Spanien VARIA*, cit. en V. León Sanz, *Entre Austrias y Borbones. El Archiduque Carlos y la monarquía de España (1700-1714)*, Madrid, 1993, pp. 207-208.

²¹ "RELACIÓN de los reales desposorios...".

La situación cambió en Génova. Parece que Isabel Cristina no tuvo la acogida esperada y rechazó las galeras que le ofreció la República. Años después, de camino de regreso a Viena, la ya emperatriz escribía al marqués de Rialp que deseaba salir de Génova, "que hacen ahora más finezas, pero todo en exterior".²² Aunque durante la etapa de su regencia mantuvo cierta cordialidad con la República, en la Corte catalana se conocían bien las "desatenciones" de Génova y su ambigua relación con el duque de Anjou.²³ El 30 de mayo de 1708 la flota del Almirante Leake se hizo a la vela con destino al marquesado de Final para conducir al Principado a la Serenísima Princesa, esposa de Carlos III: "para nuestro alivio".

El 13 de julio el obispo de Osnabruck hizo entrega de la reina Isabel Cristina al conde de Cardona, Almirante de Aragón, nombrado su mayordomo mayor, quien se trasladó a Italia y desempeñó "su función con gran talento", lo que sería recompensado tanto en Barcelona como en Viena. El rey Carlos también envió a Génova para acompañar a su esposa, a los condes de Oropesa y Kollonich, gentileshombres en ejercicio, y a don Miguel de Pinós y Rocabertí y al marqués de Boil, gentileshombres con llave de entrada. La reina podía ahora descansar después de jornadas fatigosas de viaje, en ocasiones de más de ocho horas, con mucho calor. Durante su regreso al Imperio en 1713, Isabel Cristina escribía, como otros viajeros de la época, sobre la incomodidad que suponía atravesar Europa debido a los "caminos malos y polvorientos".²⁴

Al anochecer Isabel Cristina se embarcó en la escuadra inglesa. El comienzo de su travesía por mar fue acompañado de oraciones para su feliz navegación y para que "su arribo en España y logro de su Real Esposo sirviese a Dios de Gloria, a la fe romana de aumento, a la Monarquía de felicidad y a la Cristiandad de quietud".²⁵ En cierto modo, estas súplicas recogidas por el impresor real Figueró se hicieron realidad en los primeros

²² F. Wolff, *Vierundzwanzig eigenhändige Briefe der Kaiserinn Elisabeth Gemahlinn Kaiser Karls VI an den Staats-Secretär Marqués de Rialp*, Sitzungsberichte der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften, Viena, 1854.

²³ H.H.St. *Italien-Spanischer Rat*, I, La Junta de Italia, cit. V. León Sanz, *Entre Austrias y Borbones...*, p. 117.

²⁴ Los caminos solían ser intransitables y a menudo poco seguros. Para el caso español, entre otros, A. Ponz, *Viaje de España...*, Madrid, 1772-1794; J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1962, vol. III; J. Uriol Salcedo, *Historia de los caminos de España*, Madrid, 1990.

²⁵ BREVE relación de el feliz viaje de la reina nuestra Señora doña Isabel Christina de Brunsvich Vvolfembuttel (que Dios guarde) desde San Pedro de Arenas hasta la ciudad de Mataró, su Magnífica y gloriosa entrada de la excelentísima Ciudad de Barcelona y reales bodas con la majestad del rey nuestro señor Don Carlos Tercero (que Dios guarde) monarca de dos mundos. Suntuosa pompa con que la lealtad catalana aplaudió a sus Majestades en tan célebre ocasión con la sagrada circunstancia de haberse ejecutado la festiva traslación del glorioso cuerpo de Santa María de Cervellón, Año 1708. Barcelona, 24 de septiembre. p. 4. Agradezco a F. Riart el haberme facilitado el acceso a esta crónica.

momentos de su llegada a Cataluña. Se inicia a partir de ahora una nueva etapa en la vida de Isabel Cristina y de todos los austracistas. Desde la salida de San Pedro de Arenas el 13 de julio, Figueró se refiere a Isabel Cristina como "la heroica reina, digna esposa de nuestro amabilísimo Rey Carlos III". Empieza a diseñarse la imagen de la reina, que gozó durante la etapa catalana de buena fama aun en los momentos más difíciles y críticos.

LA REINA EN MATARÓ

Las poblaciones catalanas se disputaban la acogida de la reina. El 1 de junio de 1708 el secretario de Estado Ramón de Vilana Perlas comunicó a los jurados de la Ciudad de Mataró que el desembarco de Isabel Cristina se haría en la playa de dicha localidad.²⁶ El Consejo de la Ciudad aceptó unánime la designación y envió una comitiva a Barcelona encabezada por el doctor José Renu y Padró, asistido por Salvador Palau, ciudadano de Barcelona y Gaspar Portell, burgués de Perpiñán, para entrevistarse con Vilana Perlas, marqués de Rialp desde 1710, y con el mayordomo mayor del rey, el príncipe Antonio de Liechtenstein. En la conferencia se acordó que Mataró debía buscar una casa apropiada. Los gastos ocasionados a partir de ese momento con relación a la llegada de Isabel Cristina corrieron a cargo del Común. Para el alojamiento de la Princesa se eligió la casa de Jaime de Barró, un caballero que ofreció su palacio al rey. La casa estaba situada en un lugar "delicioso", pero fue preciso comprar dos inmuebles vecinos para ampliar la capacidad del que sería Palacio Real. El secretario Vilana Perlas aprobó el 7 de junio su demolición, aunque instó a que se diese la satisfacción adecuada a sus dueños. Los preparativos para la llegada de la reina fueron minuciosos y el Consejo dispuso: "gastar todo lo necesario así para el desembarco de la reina como para la venida del Rey". Mientras seguían las obras de transformación de la casa en Palacio Real, el Común decretó que se hiciesen gramallas de damasco carmesí guarnecidas de asterilla de oro, se ampliase el presbiterio de la Iglesia Parroquial, se arreglase la bañalustrada y se enlozara la Calle de Santa María porque estaba junto a la Iglesia.

Los aposentadores del rey visitaron en varias ocasiones la ciudad para comprobar la marcha de los preparativos. El veguer de Barcelona entregó a los jurados una lista de todo lo necesario para el abastecimiento del Palacio

²⁶ BREVE y verídica relación de lo que la ciudad de Mataró previno e hizo en el feliz cuanto deseado desembarco de la Católica, Sacra, Real Majestad de la Reina nuestra Señora doña Elisabeth Christina de Brunsvich Vvolfembuttel en su venturosa playa, siendo jurados Joseph Renu y Padró, burgués de Perpiñá, Salvador Arnau y Mayor Labrador y Joseph Matas, Confitero, Gerona, Imprenta de Francisco Oliva, Libroero, 1708. Agradezco a F. Riart el haberme facilitado el acceso a esta crónica.

y se decidió que los pueblos cercanos contribuyeran al suministro de la ciudad mientras la reina estuviese en Mataró. El 13 de julio Vilana Perlas dio instrucciones sobre el ceremonial que debía seguirse a su llegada. En estos días se difundió el rumor de que la reina no desembarcaría en Mataró. Pese a que ya se había gastado una suma considerable de dinero, la noticia no provocó graves problemas entre las autoridades de la ciudad porque, según afirmaron, lo habían hecho "por orden de su amado Rey", manifestando de este modo su lealtad a la causa austracista. Pero la reacción ante la noticia parece indicar que no todos estaban conformes con el entusiasmo de los jurados en la recepción de la reina. Una nueva carta del marqués de Rialp desvaneció las dudas. Poco después, el conde de Oropesa llevó la noticia a la Corte de la llegada de la flota, con Isabel Cristina a bordo, a Mallorca.

El día 25 de julio por la mañana apareció la escuadra inglesa en el horizonte:

salió la incomparable majestad de la Reina de la nave capitana como sale el sol del blanco lecho de las espumas, entró en la real Faluca, a quien sobre su rico adorno, engalanaban las vistosas libreas de los que gobernaban las náuticas faenas y cortejada de los respetos reverentes del Almirante Leake, seguida de su Augusta Familia, al son de Clarines de plata, al estruendo de repetidas Reales salvas y al ruido festivo de vítores que llenaban al Cielo, arribó dichosamente a honrar la playa con sus reales plantas.²⁷

Siguiendo las instrucciones recibidas, los síndicos entre los que figuraba Miguel Esmandía, más tarde exiliado en Viena,²⁸ se embarcaron para complimentar a la reina y a su regreso, en su informe, "esparcían las gracias que adornaban a la Persona de la Reina; grata audiencia que habían alcanzado, honras que habían recibido".²⁹ Isabel Cristina les notificó que el desembarco tendría lugar entre las cinco y las seis de la tarde. El hecho de que la reina pisase Cataluña precisamente el día de Santiago, en la celebración del patrono de la Monarquía, confirmó el eficaz patrocinio del Apóstol con los reyes: "vinculánderlos desde luego, Salud firme, sucesión copiosa, Imperio dilatado, Nobleza fiel, Pueblo leal, Victorias continuas". Todo un programa de futuro enmarcado en la tradicional visión providencialista de la época. Se construyó una chalupa para el desembarco de Isabel Cristina de 216 palmos de largo y 20 de ancho con una balastrada adornada en la cabecera con unos leones que tenían las cuatro barras propias de Cataluña, "dichas vulgarmente de Aragón". Figueró estima que la belleza de la chalupa fue superior a la de Cleopatra. Acompañada por el conde de Cardona, Isabel Cristina tomó tierra "tan garbosa que dejó admirados a los circundantes". Salíó a recibirla en nombre de la ciudad el jurado en cap:

²⁷ Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., p. 7.

²⁸ Sobre la trayectoria de Miguel Esmandía, HSt. *Italien-Spanischer Rat*, 3.

²⁹ BREVE y verídica relación de lo que la ciudad de Mataró..., p. 14.

"cuantos la miraban se admiraban de ver a una reina, que con sola su presencia ya lo era de los corazones".³⁰ Figueró describe de este modo el acontecimiento:

Desembarcó su Majestad al cabo de un dilatado y majestuoso Puente, que la Ciudad había prevenido un gran trecho dentro del Mar, apenas se dejó ver de la multitud innumerable, que impaciente la esperaba cuando desterradas las ansias del deseo y llenos de indecible gozo, con la posesión de su dicha, entre ternuras y voces, le hicieron repetidas Salvvas, llenando el aire de aclamaciones, viéndose alegremente juntos con la confusión, el concierto y con el llanto el alborozo.³¹

La estancia de Isabel Cristina en Mataró la conocemos por las narraciones de Feliú de la Peña y de Castellví y también por diversas crónicas de la época. En este trabajo se han utilizado básicamente dos de ellas: una impresa por Rafael Figueró, que se puede considerar como la continuación de la iniciada con los desposorios, y otra cuya autoría se debe a la ciudad de Mataró.³² Entre ambas crónicas existen notables diferencias. Si los detalles de riqueza y ornamentación que rodeó la llegada de la reina a la ciudad se describen en un tono similar, en el ámbito político son diferentes. Mientras que la narración del impresor real parece promovida desde la Corte para reforzar la posición un tanto debilitada de su "adorado Rey", la segunda ahonda en la relación de la reina con los catalanes. A modo de declaración de intenciones, Rafael Figueró dedica su relato "a la sacra, católica y real majestad de la reina nuestra Señora" y señala desde el comienzo la esperanza que despertaba su llegada: "Dios nos guarde la Católica y Real Persona de Vuestra Majestad como la Cristiandad ha de menester, como la Monarquía española necesita y como todos sus fidelísimos vasallos deseamos", todo ello puesto en relación con el tema de la sucesión como cuestión fundamental: "que Dios guarde y eternice su mortal sucesión".

Isabel Cristina hizo entrada pública en Mataró donde fue acogida con las mayores demostraciones de júbilo al grito de ¡Viva la reina!³³ "Mostró su Majestad mucho agrado, al ver que le prestaban el vasallaje debido, dándole a besar su Real Mano". Unido a los actos protocolarios, desde el principio parece derivarse una sintonía entre la población y la reina, subrayando la alegría que su presencia suscitaba entre aquella gente. El cortejo se dirigió a la Iglesia parroquial, "antecediendo a todos las señales de alegría de

³⁰ BREVE y verídica relación de lo que la ciudad de Mataró..., p. 15.

³¹ Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., p. 8.

³² Figueró, BREVE relación de el feliz viaje... y BREVE y verídica relación de lo que la ciudad de Mataró...

³³ Castellví, *Narraciones históricas...*, II, p. 558. Sobre la estancia de Isabel Cristina en Mataró, también, J. R. Carreras i Bulbena, *Carles d'Austria i Elisabeth de Brunswick-Wolfenbüttel*, Barcelona, 1902, ed., facsímil 1993, pp. 77-79.

que suelen usar los pueblos de Cataluña en las festividades más alegres". Cuando la reina Isabel descansó, se dio orden para que entrase la ciudad a hacer el besamano. Tras un breve discurso del jurado en cap, "se restituyeron a la Casa del Común dando las gracias a Dios de haber dado a nuestro amado Rey tal Consorte y a la Monarquía esta Reina". Al anochecer llegó la Guardia Real de Barcelona, con el capitán de caballo reformado Jerónimo Font, natural de Mataró, para sustituir a los paisanos. Al día siguiente, a través del conde de Cardona, les hizo saber "cuán satisfecha estaba su Majestad del cuidado que la Ciudad tenía". Sin lugar a dudas, Isabel Cristina supo conectar con los habitantes de Mataró. La ciudad festejó la llegada de la nueva reina con luminarias y artificios de fuego durante tres días. La riqueza de los adornos y las luces convirtieron a Mataró en una aparente Troya. "Hubo aquella noche luminarias sin medida, con inexplicables regocijos".³⁴ La música desempeñó un papel especial en las celebraciones, desde el amanecer hasta el anochecer. Cada día, la reina se despertaba al son de tres cuerpos de música: uno de clarinetes y trompas de caza, otro de chirimías y oboes y otro de timbales y trompetas.

La religiosidad de la reina constituye un tema recurrente en las fuentes de la época, lo que tiene un doble motivo: por un lado, desterrar cualquier duda sobre la veracidad de su conversión, de ahí que las visitas a los santuarios donde se veneraba a la Virgen se detallan con minuciosidad y de forma reiterada; y en segundo lugar, contrarrestar la propaganda borbónica impulsada desde el púlpito sobre el apoyo de los "herejes" al Archiduque.³⁵ El marqués de San Felipe reconoce que "habiendo tan de veras abrazado la religión católica, parecía había sido educada desde su infancia en ella".³⁶ De una reina de la Casa de Austria no se podía esperar otra cosa. Disponemos de diversos testimonios de la piedad de Isabel Cristina de su breve estancia en Mataró, como su asistencia a Misa acompañada de un coro de vírgenes o la adoración de la Vera Cruz, en la que se hirió los pechos tres veces: "Su Majestad tan devota, que infundía a todos la devoción; pues se reprendía la menor liviandad, observando en todos los ritos de la Iglesia Santa". En una ocasión visitó el Monasterio de la Concepción de Carmelitas Descalzas con muestras de especial cariño; también acudió al Convento de San José: "Dio Su Majestad con su Real ejemplo, una eficaz instrucción como de venerarse aquel Sacramento Venerable del Altar... y todo el pueblo se enfervorizó en la devoción al Santísimo".

³⁴ BREVE y verídica relación de lo que la ciudad de Mataró...

³⁵ C. Seco Serrano, "Estudio Preliminar" a San Felipe, *Comentarios...* pp. VII y ss. I. Vicent, "Felipe V y la monarquía católica durante la guerra de Sucesión: una cuestión de estilo", *Espacio, tiempo y forma*, IV (1994), pp. 397-432. D. González Cruz, *Guerra de religión entre príncipes católicos*, Madrid, 2002.

³⁶ San Felipe, *Comentarios...* p. 154. V. León Sanz, *Carlos VI...* pp. 123-128.

El príncipe Antonio por orden del rey Carlos se desplazó a Mataró con una carta suya. Dese el primer momento, el príncipe no causó una buena impresión a la reina, sobre todo después de un primer incidente a propósito de una mosquitera que éste mandó colocar para proteger sólo a su hija.³⁷ Tampoco tuvieron una buena opinión de él los catalanes. Castellví señala los aspectos más negativos de su persona y de su actuación política, una postura adoptada desde la antipatía que inspiraba y que justificaba el mismo San Felipe: "todo lo que era deprimir a los catalanes lo hacía Liechtenstein con animosidad".³⁸ Aunque el rey tardó tres días en acercarse a la ciudad, fue habitual el intercambio de noticias entre la pareja: el 25 y el 27 la reina envió al conde de Kollonitz y al marqués de Boil respectivamente para que se informasen sobre la salud del rey, mientras que el 26 el conde de Oropesa le llevó noticias del rey. Durante el día, daba a besar su real mano a la nobleza del país y a la extranjera, así como a los ciudadanos de Mataró y se dejaba ver en el balcón con frecuencia. También concedía audiencia a los diferentes estamentos que llegaban procedentes de Barcelona para darle la bienvenida, como a los enviados de la Diputación de Cataluña, a los Síndicos de la Ciudad de Barcelona y a los representantes del Brazo Militar. En los primeros momentos recibió al enviado de Inglaterra Stanhope, al mariscal Starhemberg y al marqués de Trivié, enviado de Saboya. También acudieron José Dalmasas en nombre del cabildo, los capellanes de honor y José Romaguera, como Vicario del Obispo de Barcelona, así como ciudadanos de Barcelona que regresaron "gozosos y admirados de sus peregrinas perfecciones".

La presencia de la reina provocaba "al instante el alborozo de los corazones" y llenaba "a todos de singular alegría, siendo imán atractivo de sus afectuosos vasallos, que aumentaba con dulce violencia, nuevos eslabones a la cadena amorosa de su vasallaje".³⁹ De este modo, Isabel Cristina favoreció la proximidad del monarca austriaco, mucho más distante, a sus súbditos. Algunas cualidades atribuidas a la reina son aplicadas al rey Carlos: "Estos sagrados movimientos del corazón de la reina nuestra Señora pudieron tener principio en el Corazón del Rey nuestro Señor".⁴⁰

El día 28 Carlos se dirigió a Mataró, acompañado de una selecta comitiva.⁴¹ Tras visitarla en el Palacio Real, se detuvo en la casa de José Reniu y

³⁷ Castellví, *Narraciones históricas...* II, p. 501.

³⁸ San Felipe, *Comentarios...* p. 154.

³⁹ Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., p. 9.

⁴⁰ Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., p. 10.

⁴¹ Además del príncipe Antonio, se cita, entre otros, a los condes de Zinzendorf, Camarero Mayor, Althann y Sástago y a los marqueses de Coscojuela y de Besora, gentileshombres de Cámara. El barón de Klein y el conde de Caurani; Juan Godofredo Luis, Barón de Beck, pajes de Su Majestad, Teodoro Ymfen, ayuda de cámara, Antonio Boda de Neyhaus, cirujano de SM. Cerraba la comitiva regia Juan Jorge Vvieman, Caballerizo de campo de la reina. Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., pp. 10-11.

Padró, jurado en cap, en la que se alojaba el conde de Cardona y concedió el besamano a los jurados. El rey, pese a su carácter, "no pudo disimular su gratitud por el desempeño de Mataró en las asistencias a su Esposa y Real Familia" y manifestó "que se daba por muy pagado y estaba muy contento de lo que la Ciudad de Mataró había hecho en su Real Servicio y con especialidad de lo que hacía actualmente". El Archiduque Carlos concedió a Mataró y a todos sus vecinos naturaleza en todos los reinos de Castilla, así como otros privilegios.⁴² El rey volvió a visitarla el día 30 a las seis de la mañana. Ese mismo día, Isabel Cristina concedió audiencia al embajador cesárceo, duque de Moles, y al de Portugal, marqués de Assumar. Por la tarde fueron en coches todos los Comunes de la Diputación, Ciudad, Brazo Militar y Cabildo y toda la Nobleza del país, para manifestar "verdadero gozo de su feliz llegada". El día anterior recibió a los ministros de la Real Audiencia, al canciller Lorenzo Tomás y Costa y al regente Francisco de Toda y Gil; en su discurso, el canciller resumió lo que todos esperaban de ella: "seguridad, defensa y consuelo de sus vasallos y reinos".⁴³

Una vez pasaron los tres días de demostraciones que duraban las Fiestas Reales cesó la música, pero "se continuó lo alegre de las voces de Viva la Reina, pues fue casi sin número la gente forastera que acudió a ver a su majestad este día". Cuando llegó el momento de que la reina dejase Mataró, los oficiales de la Coronela deseaban despedirse de ella. Isabel Cristina "vino en todo muy gustosa (que resplandece en la Majestad por excelencia la prenda de dar gusto a cualquier vasallo)". La reina agradeció a la ciudad el trato que le habían dispensado:

pues todo el tiempo que honraron esta su ciudad fue la asistencia al Real Palacio y Familia con la mayor abundancia imaginable, pues de cuanto se pedía se daba porción notable duplicada. Por la mañana y tarde, preguntaban a las damas qué querían para desayunos y refrescos. Y a la mayor insinuación del gusto, se les mandaba traer al instante, y esto siempre a expensas del Común, que quedaron admirados muchos de la Real Familia, al ver en todo una puntualidad y asistencia tan grande que más parecía prodigalidad inadvertida que abundancia anticipada. No sólo la experimentó la Real Familia, sino cuantos vinieron a cumplimentar a la reina, pues siendo tanto el concurso en estos días nunca se experimentó falta en los abastos.

El conde de Cardona también dio las gracias al Común en nombre del rey y dijo: "veamos en Barcelona quién se atreve a sacar cuentas de lo gastado en Mataró; pues con tanta liberalidad en todo ha hecho el gasto el Común".⁴⁴

⁴² Castellví, *Narraciones históricas...*, II, p. 505. J. Llovet, *Mataró, 1680-1719: el pas de vila a ciutat i a cap de corregiment*, Mataró, 1966.

⁴³ Figueró, *BREVE relación de el feliz viaje...*, p. 13.

⁴⁴ *BREVE y verídica relación de lo que la ciudad de Mataró...*, pp. 26-27.

Antes de partir, Isabel Cristina permitió a los jurados que le besasen la mano y "se echó en su faltriquera, por ser la Conductora más segura y esperamos sea la Intercesora más poderosa", un memorial que le entregaron. Desde su llegada a la península, Isabel Cristina asume el papel de mediación e interlocución entre el rey y sus súbditos. La imagen que se quiere transmitir de la reina queda ya trazada antes de salir de Mataró. Pieza esencial en el juego político a partir de ahora, su presencia en la Corte catalana constituyó un aliciente para la causa austracista y al mismo tiempo un refugio para los críticos con el Archiduque. Sus extraordinarias cualidades sobrepasan a las limitaciones de su marido. En este proceso, asistimos a una campaña favorable de Isabel Cristina que contrasta con la censura más o menos velada que comienza a extenderse sobre la actuación del rey Carlos.

LA ENTRADA EN BARCELONA

La reina se dirigió hacia San Andrés de Palomar y el 1 de agosto salió para Barcelona. El conde de Cardona fue el encargado de anunciar su llegada a la Ciudad Condal. Un decreto del rey de 17 de julio de 1708 estableció el "Ceremonial de la entrada pública de la reina en Barcelona y ratificación de los esponsales".⁴⁵ Aun cuando se dispone el mayor lucimiento y el general consuelo de los vasallos, el rey Carlos redujo la suntuosidad de los festejos debido a la delicada situación del conflicto y a las dificultades financieras: "atendidos los contratiempos que mis fieles vasallos han experimentado universalmente en Cataluña, es mi voluntad limitaréis las demostraciones a tres noches de luminarias, una de fuegos y una de fiesta de Iglesia, excusando todas las demás que vuestra fidelidad, en crédito de su afecto, desearía ejecutar". Barcelona se opuso inicialmente a que el recibimiento de Isabel Cristina se hiciera en San Andrés de Palomar porque la Ciudad tenía la costumbre de cumplimentar a las personas reales en el distrito de su territorio, sin permitir que se pasase más allá de la Riera de Horta, y hacer el besamano a caballo, como se procedió con Isabel la Católica el 16 de julio de 1481. Argumentó su postura con otros ejemplos de visitas de monarcas de la Casa de Austria como de Carlos V, de Felipe II, de Felipe IV, de María de Austria, reina de Hungría, y del mismo rey Carlos, cuando regresó de Valencia el 24 de marzo de 1707 y "canonizó" el asunto.⁴⁶ No obstante, la ciudad se plegó y en respuesta a la propuesta del marqués de Rialp de 25 de junio, contestó que aceptaba que sus concellers acudieran a San Andrés.⁴⁷

⁴⁵ Dietari del Antich Consell, Apèndice, XXXVIII, p. 227.

⁴⁶ Dietari del Antich Consell, Apèndice, XXXVII, p. 226.

⁴⁷ Dietari del Antich Consell, Apèndice, XXXVI, p. 225.

La entrada en Barcelona de la reina coincidió con una victoria de los aliados en Flandes. Todo contribuía al nuevo clima que se respiraba en Cataluña con la venida de Isabel Cristina. La artillería de la ciudad y del castillo de Montjuich y todas las campanas de Barcelona saludaron a la nueva reina. Entró acompañada por la condesa de Otting, su camarera mayor, en una carroza tirada de ocho caballos de color perla. El rey salió a recibirla a la Puerta del Ángel. Entre otras autoridades, acudió a su presencia el conceller en cap que le dirigió un breve discurso. La comitiva se encaminó hacia la Iglesia de Santa María del Mar, adornada con tapices, bellas pinturas, luces, flores y "variedad de ricas alhajas". En el interior del templo destacaban los damascos y el terciopelo carmesí, así como las arañas que la iluminaban. El arzobispo de Tarragona, don José Linás, Primado de las Españas, dio la bendición a los reyes, que hicieron entrega recíproca de las arras en señal de mutuo amor e inmediatamente se entonó el *Te Deum*. De los discursos del Cabildo de la Santa Iglesia de Barcelona y de la Ciudad durante la celebración domina un tema: la sucesión. Entre las diversas funciones que caracterizaban a una soberana en la Edad Moderna, la maternidad era quizá la más importante porque aseguraba la continuidad de la dinastía.⁴⁸

A su salida de la Iglesia, los reyes recibieron los aplausos y saludos de los presentes. El disparo de la artillería y el tañido de las campanas era continuo: "todo era alegre confusión, distinguiéndose solamente las incesantes voces de ¡Viva el rey, viva la reina y vivan los reyes!". La ciudad, como sucedió en Mataró, afirmaba Castellví, se vio transformada en una aparente Troya: "competían sus resplandores en la multitud de luces y fuegos artificiales con las claridades del día".⁴⁹ El pabellón regio se adornó con telas de colores de Italia y de China. En la calle esperaban los Comunes de la Diputación y del Brazo Militar. Los dos miseros del brazo militar iban vestidos con sus cotas de satín verde, los tres de la Diputación con cotas de satín morado, a pie, con las mazas. El color y la música de timbales, trompetas y ministriles envolvían la atmósfera de la ciudad.⁵⁰ Toda una procesión de personajes y estamentos desfilaron delante del Pabellón Real, incluida la Guardia Milanesa, escogida como guardia de la reina durante el viaje por

⁴⁸ M. Pérez Samper analiza las funciones de una soberana en la Edad Moderna como esposa real y como madre de futuro rey, dada la importancia de la maternidad, partiendo de una triple aproximación interpretativa desde la óptica del poder, del símbolo y del ceremonial, elementos que acompañan el discurso sobre la figura de Isabel Cristina desde que sale de Viena en "La figura de la reina en la monarquía española de la Edad Moderna: Poder, símbolo y ceremonia", M^a V. López-Cordón y G. Franco (coords.), *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, Madrid, 2005, pp. 275-307.

⁴⁹ Castellví, *Narraciones históricas...*, II, p. 513.

⁵⁰ J. R. Carreras i Bulbena, *Carles d'Austria...*, p. 79 y ss. Los ministriles tenían en aquella época una Cofradía llamada de Santa Cecilia. Este historiador detalla también el colorido de los trajes de los músicos.

indicación del príncipe Eugenio de Saboya. El rey, vestido de gala, iba a caballo de un soberbio Andalúz Tordillo: "Adornaba su Real Pecho un Toisón de extrañísima y preciosísima labor, sombrero con riquísimos diamantes y gallardas plumas, tan airoso como diestro y galán, arrebatando los leales afectos de sus fieles vasallos".⁵¹

Las descripciones sobre la reina son más detalladas y tratan de reflejar no sólo su aspecto físico: "tan bella, que eran acendrado oro las rubias y dilatadas hebras de sus cabellos, afrenta de las puras azucenas, su blancura, crédito alegre de las turquesas, sus hermosos ojos, rubor de las bellas rosas sus mejillas: componiendo en su elevado y airoso talle una hermosa reina y una reina de la hermosura. Iba vestida al traje alemán de tela riquísima con diamantes que representaban un cielo con pequeñas estrellas"; sino también sus cualidades personales: "Cuanto se reparaba en su Majestad era suave encanto de los ojos, pero en la reflexión de los discretos robaba los corazones ver en tan rara belleza y atavíos Reales una majestad tan afable, tan modesta, uniendo en lazo singular lo soberano para el culto y todo lo afable para el agrado".⁵² En las fuentes de la época, Isabel Cristina era considerada como un modelo de belleza y de virtudes. La construcción de la imagen de la reina formaba parte de la propaganda impulsada desde la Corte para recuperar la iniciativa en medio de las dificultades que atravesaba el bando austracista. Piedad, mediación entre el rey y los súbditos, ejemplaridad eran cualidades que poseía la nueva reina y que contribuían a crear un mundo simbólico en torno a su figura.

Los reyes salieron al balcón de Palacio para ver el castillo de fuegos artificiales que costó la ciudad. Los actos terminaron con una cena en el Palacio Real. Al día siguiente, el 2 de agosto, los monarcas se dirigieron de nuevo a Santa María del Mar donde recibieron el velo nupcial del arzobispo de Tarragona. Y junto a él, los obispos de Cartagena de Indias, Miguel Antonio de Benavides, de Mallorca, Antonio de Portilla y de Albarracín, Juan Navarro. Todo lo relativo a la celebración se llevó a cabo con una "magnificencia que pide reflexión particular". La música que sonó durante la cena real, con variedad de danzas, corrió a cargo de la Real Capilla. A continuación los reyes dieron audiencia en el salón real de Palacio al príncipe Antonio, al conde de Ulefeld, capitán de la Guardia de Corps, al almirante Leake, al duque de Moles, al conde de Assumar y a los Comunes de la Ciudad, a la Diputación y al Brazo Militar. En la Casa de la Lonja del Mar se representó una ópera al estilo italiano a la que asistieron los embajadores austriaco y portugués, así como toda la nobleza del país, damas y ca-

⁵¹ Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., p. 20.

⁵² Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., p. 21. Véase también la descripción de la reina del italiano de Francisco Gemeli citada en Castellví, *Narraciones históricas...*, II, p. 490.

balleros.⁵³ Se trataba de la ópera *Il più bel nome* de Antonio Caldara. Para organizar los festejos de su enlace con Isabel Cristina, el rey Carlos llamó a Barcelona en 1708 a Fernando Bibiena, nacido en Bolonia, quien a diferencia de su hermano Francisco, su relación con España no se produjo a través de los Borbones. Fernando Bibiena se encargó de la realización de los decorados de las óperas y de las comedias palatinas en la Corte catalana y fue nombrado pintor de cámara.⁵⁴

En un conflicto en el que las connotaciones religiosas tuvieron una gran importancia, no podían faltar las ceremonias y las funciones de culto en las que el rey Carlos y su esposa participaron juntos. Las fuentes de la época describen la piedad y devoción de los reyes, “que siempre han acostumbrado sus Augustos Progenitores”. El día 5 de agosto, festividad de la Virgen, bajaron los reyes a Santa María y acudieron a la procesión de la pirámide del Borne, donde se veneraba la Inmaculada Concepción, más tarde destruida.⁵⁵ Un hito importante desde el punto de vista de la imagen religiosa del Pretendiente lo constituyó el traslado de Santa María de Cervellón, “ejercitando su católico celo el rey”, a imitación de la “cristiana piedad de Carlos II”. Se trataba de una religiosa Mercedaria nacida en Barcelona y bautizada en Santa María del Mar. La decisión “fue de singularísimo y universal gozo de la Ciudad”. Se aprovechó el evento para hacer pública la “devoción” de la reina, “quien sacó tiernas lágrimas a los ojos”. El traslado del cuerpo incorrupto se hizo desde el Convento de la Merced hasta la Iglesia de la Catedral con la mayor solemnidad. El rey Carlos, en medio del “inmenso genio”: “ha renovado Su Majestad el uso loable de los Serenísimos Reyes de Aragón en asistir las más fiestas, a los Oficios de la tarde en las Iglesias”.⁵⁶

La celebración de la boda fue festejada también con la concesión de títulos de nobleza a un amplio número de personajes leales al Archiduque Carlos.⁵⁷ Las listas de los beneficiarios de gracias y concesiones nobiliarias

⁵³ A. Sommer-Mathis y D. Lipp, “Música y teatro entre las Cortes de Barcelona y Viena”, en V. León Sanz, A. Álvarez-Ossorio y B. García, *La pérdida de Europa. La Guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid, 2007.

⁵⁴ Al finalizar la guerra se estableció en Viena y continuó al servicio del emperador. Más tarde fue designado arquitecto director de las fiestas de la Corte. En 1711 publicó en Parma un interesante tratado *L'Architettura civile preparata en la Goemetria e ridotta alla Prospettiva*, en F. J. León Tello y M. V. Sanz Sanz, *Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII*, Madrid, 1994, pp. 222-223.

⁵⁵ N. Feliú de la Penya, *Anales de Cataluña...*, Barcelona, III, 1709, p. 607. Figueró, BREVE relación de el feliz viaje..., p. 22.

⁵⁶ Diversas crónicas se hacen eco de la piedad de la reina y su devoción al Santísimo, M. A. Pérez Samper, *Poder y seducción. Grandes damas de 1700*, Madrid, 2003, p. 361. Véase también, C. Mollineda, “In futuri operis signum. La pirámide de la Inmaculada i el setge de Barcelona de 1706”, en *L'aposta catalana a la Guerra de Successió*, Museu d'Història de Catalunya (2005) (vol. en preparació).

⁵⁷ P. Vóltres, “Noticias sobre las mercedes nobiliarias otorgadas por el Archiduque Carlos de Austria durante su gobierno en Barcelona”, *Hidalguía*, 22-23 (1957), pp. 321-357 y 509-544.

incluye una abundante representación valenciana y aragonesa. El clamor popular y el ambiente festivo creado con las ceremonias organizadas en torno a la entrada de la reina en la Ciudad Condal sirvió para estrechar filas, para unir el vínculo entre los catalanes y otros austracistas refugiados en Barcelona y la Casa de Austria. El conceller en cap reiteraba en nombre de la Ciudad “la innata fidelidad” al rey. El impresor real concluye de este modo su crónica:

Bien han manifestado sus Majestades la estimación y aprecio en que tienen estas inimitables finezas la Nación Catalana, que sin ahogarse ni aún encogerse con las calamidades de la guerra presente y gastos inevitables que consigo lleva, no ha perdonado gasto para manifestar su alborozo en el deseado y felicísimo matrimonio de sus Reyes y para que de esta preciosa unión se eternice el Imperio Español en la Augustísima Familia, unió el júbilo del Real Matrimonio el Culto de Santa María de Cervellón, para que como unida al Tronco Real por Sangre y a Cataluña por nacimiento, solicite del Altísimo para sus Majestades las felicidades que desean y para Cataluña, lo que adelante y corone su fidelísima constancia.

En seguida se formó, como era habitual en la Corona española, la Casa de la Reina. El poder de la reina estaba muy próximo al poder del rey, de ahí la importancia de su Casa. Como se ha indicado, el mayordomo mayor fue José Folch de Cardona y Eril, conde de Cardona y Almirante de Aragón.⁵⁸ El conde figuraba entre los primeros que habían reconocido al Archiduque Carlos como rey en Valencia, reino del que fue virrey entre 1706-07. En 1708 se desplazó a Génova para acompañar a la futura reina en su viaje hasta Mataró. Permaneció siempre cerca de ella, formando parte de la Junta de Regencia que se estableció en 1711 y la acompañó a Viena en 1713. El 17 de diciembre de 1709 el rey Carlos le otorgó la grandeza de España y en 1716 le elevó a la dignidad de príncipe de Cardona y Prefecto Áulico.⁵⁹ La trayectoria del conde de Cardona puede servir de ejemplo de la carrera de un noble leal al Archiduque ya que vio generosamente recompensados sus servicios: fue nombrado presidente del Consejo de Flandes que se constituyó en la capital imperial en 1717.⁶⁰ Y como sucede con Felipe V, se dio entrada a las grandes damas de la Corte.⁶¹ Isabel Cristina vino a España rodeada de un cortejo de damas alemanas, como la condesa Otting, que desconocía el castellano, pero dado que la Casa de la Reina constituía un elemento de configuración de un espacio de valor simbólico también hizo la gracia de damas de honor a las catalanas Mariana

⁵⁸ C. Pérez Aparicio, “Una vida al servicio de la Casa de Austria. Don Antonio Folch de Cardona y Erill, príncipe de Cardona (1651-1729)”, *Studis*, 28 (2002), pp. 421-448.

⁵⁹ V. León Sanz, “La nobleza austracista. Entre Austrias y Borbones”, dirigido por M.ª C. Iglesias, *Nobleza y Sociedad en la España Moderna*, II, Madrid, 1997, pp. 49-77.

⁶⁰ V. León Sanz, “La influencia española...”, pp. 105-130.

⁶¹ Castellví, *Narraciones históricas...*, II, p. 559.

Pignatelli i d'Aymerich, Gertrudis Lanuza y Gelabert, a la aragonesa Teresa Moncayo y a la castellana Tomasa de Mendoza y camarera de la reina a Catalina Folch de Cardona y Eril. La reina se alojó en Barcelona en el Palacio Real nuevo, un edificio que había sido lonja de paños y que Felipe IV destinó para residencia del virrey y capitán general. Con la llegada del rey Carlos continuó la remodelación del edificio para adaptarlo a las nuevas exigencias de la Corte: se pusieron vidrieras, se empleó el mármol y se añadieron arañas para aumentar su luminosidad.⁶² Se conservan las cuentas de los albañiles, pedreros, carpinteros, cerrajeros y otros artesanos que trabajaron en las obras del real palacio entre 1706 y 1708.

Pasados los festejos nupciales, la vida en la Corte de Barcelona transcurrió con normalidad, a pesar de la guerra. Las fiestas y las celebraciones amenizadas por músicos y artistas eran habituales. Los reyes y la nobleza disfrutaban de los bailes, de las danzas, de las óperas y de los villancicos. La Corte contó con una compañía de actores de origen italiano encargada de poner en escena las comedias que animaban las veladas palaciegas. Músicos italianos también ocuparon las plazas de la Real Capilla. El 9 de enero de 1709 se representó la ópera *La gran Cenobia* con la escenografía de Bibiena. Ese año también se estrenó la ópera *Dafni*, del barón de Astorga, un compositor nacido en Nápoles, que pasó una temporada en la capital catalana; se da la circunstancia de que se trataba del hijo del marqués de Capcece, un noble condenado por Felipe V, a quien la princesa de los Ursinos protegió durante un tiempo.⁶³ El Archiduque Carlos convirtió Barcelona en la primera ciudad española donde se representó con regularidad la ópera italiana, siendo el conde de Çavellá el encargado de la Capilla de Música de Palacio en 1709. Todas las representaciones teatrales así como las actividades artísticas y musicales organizadas desde la Corte, pese a las dificultades bélicas y económicas, perseguían un claro objetivo: dar credibilidad a la causa austracista entre sus súbditos catalanes y españoles y transmitir la normalidad del gobierno. De su padre, el emperador Leopoldo, había aprendido que la Corte debía ser el centro de atracción que proyectara la grandeza de la dinastía.⁶⁴ La llegada de la reina fue una magnífica ocasión para activar la propaganda de la Casa de Austria. El rey y la reina comparecían juntos en público: ambos asistían a los festejos y a las celebraciones religiosas. Las fuentes se hacen eco de la intencionalidad de la Corte por presentar unida a la pareja real. Conscientes de su importancia, tanto el rey Carlos como Isabel Cristina participaron como maestros de ceremonia en las celebraciones que se organizaron tanto en Barcelona como en otras ciu-

⁶² AHN, Estado, leg. 8698-99. P. Voltés, *Barcelona durante el gobierno del Archiduque Carlos de Austria*, Barcelona, 1966, I, p. 191.

⁶³ A. Sommer-Mathis, "Entre Nápoles, Barcelona y Viena. Nuevos documentos sobre la circulación de músicos a principios del siglo XVIII", *Artigrama*, 12 (1998), pp. 45-70.

⁶⁴ A. Wheatcroft, *Los Habsburgo*, Barcelona, 1996, pp. 211-222.

dades,⁶⁵ a diferencia de su rival Felipe V, aunque durante la guerra en ocasiones tuvo que asumir ese papel.⁶⁶

La presencia de los reyes en Barcelona, convertida en sede de la Corte y capital de la parte austriaca de la monarquía española, fue beneficiosa para la ciudad que vivió, a pesar de la guerra, una época de esplendor. Su nueva condición explica que se llenase de extranjeros y de familias procedentes del resto de la Monarquía: castellanas, aragonesas, valencianas y algunos italianos y flamencos.⁶⁷ La estancia del rey Carlos con su Corte en la Ciudad Condal constituyó, según ha señalado J. Albareda, "un halago y un buen estímulo para los grupos dirigentes catalanes" y comportó una euforia económica considerable.⁶⁸ Su actividad comercial se vio favorecida por la entrada de la plata aliada (aunque esto produjo el alza de precios) y por el incremento del consumo generado por la Corte y por las obras de fortificación. La Companya Nova de Gibraltar, creada en 1709 para comerciar en el Atlántico a través de Gibraltar, refleja el dinamismo de la burguesía catalana, inmersa en una red compleja de negocios, pese a que la Compañía, como estudió Pierre Vilar, obtuvo pocos beneficios.⁶⁹ "A partir de 1705 —escribía este historiador—, la Corte instalada en la capital da a los mercaderes, pequeños y grandes, ocasiones de provecho: importaciones de tejidos para las bodas reales, muleros para el transporte del trigo de los ejércitos, del hielo con que refrescar las mesas abundantes y la ciudad superpoblada". Una coyuntura económica relativamente favorable sólo frenada por unos resultados bélicos adversos y la destrucción de campos y cosechas provocada por la presencia de las tropas de los dos ejércitos y cuyas consecuencias fueron particularmente notorias en los años finales del conflicto, lo que se tradujo en una creciente actitud crítica hacia los gastos que generaba la

⁶⁵ Por ejemplo, la estancia en Madrid en 1710 coincidió con la celebración del cumpleaños del rey Carlos, quien aceptó de buen grado la corrida de toros que le ofreció la ciudad, pese a la frialdad de sus habitantes.

⁶⁶ C. Gómez-Centurión, "Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey", *Hispania*, LVI/3 (1996), pp. 965-1005.

⁶⁷ N. Feliú de la Penya recogió una "relación de los españoles que dejaron el servicio del Duque de Anjou para servir al Rey y de los que dejaron sus casas..." en *Anales de Cataluña...*, III, f. 620. Sobre los valencianos que dejaron su patria después de la batalla de Almansa, aportan información V. Gascón Pelegrí, *La región valenciana en la guerra de Sucesión*, Valencia, 1964 y V. Graullera, *Los notarios de Valencia y la guerra de Sucesión*, Valencia, 1987 y sobre todo, el trabajo de V. León Sanz, "Abandono de patria y hacienda". El exilio austracista valenciano", *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 25 (2007), pp. 225-235. También, R. M. Alabrús, *Felip V i l'opinió dels catalans*, Lleida, 2001, p. 191.

⁶⁸ A. García Espuches, *Un siglo decisivo. Barcelona y Cataluña. 1550-1640*, Madrid, 1998. J. Albareda, *Felipe V y el triunfo del absolutismo. Cataluña en un conflicto europeo (1700-1714)*, Barcelona, 2000.

⁶⁹ P. Vilar, *Le manual de la "Companya Nova de Gibraltar", 1709-1733*, París, 1962; ed. en catalán, Reus, 1990, p. 38 y *Cataluña en la España Moderna*, Barcelona, 1978, I, p. 431.

Corte.⁷⁰ Tras la caída de Tortosa, los paisanos “se encaminaron hacia el Palacio con grandísimas voces y gritos, diciendo que era una infamia que el Sr Archiduque se estuviese entreteniendo en comedias y fiestas, y cada día se perdía una plaza”.⁷¹

En definitiva, el entusiasmo que suscitó la llegada de Isabel Cristina a Barcelona y los festejos que la acompañaron no fueron sino un paréntesis. Pronto la realidad de una guerra desfavorable para la Casa de Austria y para los aliados se impuso. No obstante, la reina trajo nuevos aires a la Corte barcelonesa y se ganó muy pronto el afecto de los catalanes, que tuvieron de ella una opinión muy favorable. El impulso a la causa austracista que promovió su llegada se manifestó a finales de 1708 con el intento del gobierno de Barcelona por dar un giro a la guerra con la propuesta de insertar el teatro de operaciones peninsular en la estrategia de los aliados.⁷² Muy pronto Isabel Cristina tendría un papel político relevante, similar al de María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V, primero como regente en 1710 durante la segunda incursión aliada en Castilla y más tarde como Reina Gobernadora, entre el 27 de septiembre de 1711, cuando el Archiduque se trasladó a Francfort para recibir la Corona imperial, y el 19 de marzo de 1713, fecha de su marcha de Barcelona tras la firma del tratado de evacuación de las tropas del Principado en el marco de la paz que se negociaba en Utrecht. En esta etapa, Isabel Cristina pudo constatar el apoyo popular. Las fuentes no sólo idealizan sus cualidades personales sino también su papel de gobernante.⁷³ A este respecto, Castellví escribió que “jamás soberana alguna se ha visto universalmente tan estimada”.⁷⁴ En todo momento mantuvo su buena fama, pese a la situación crítica que acompañó el final de la presencia austriaca en Cataluña. Pero esto sucedería unos años después. Las palabras del impresor regio Rafael Figueró resumen bien lo que significó el año de la llegada de Isabel Cristina: “triumfal año de 1708, en que vivimos su cercana libertad, en la universal redención de todo el orbe Español”.

⁷⁰ V. León Sanz, *La Guerra de Sucesión española a través de los Consejos de Estado y Guerra del Archiduque Carlos de Austria*, Madrid, 1989. J. M^o Torras i Ribé, *La guerra de Successió i els setges de Barcelona (1697-1714)*, Barcelona, 1999.

⁷¹ AHN, *Estado*, leg. 352, cit. en J. Albareda, *Felipe V...*, p. 104. Sobre los gastos de la Corte, J. Mercader Ribá, *Els Capitans Generals*, Barcelona, 1963. P. Voltes, *El Archiduque Carlos, Rey de los Catalanes*, Barcelona, 1953.

⁷² En una interesante “votación” de noviembre de 1708 se intentó activar de nuevo el conflicto peninsular, en V. León Sanz, “El gobierno austriaco de la Monarquía Hispánica durante la Guerra de Sucesión”, en *Famiglie, nazioni e Monarchia. Il sistema europeo durante la Guerra di Successione spagnola*, *Cheiron*, núms. 39-40 (2004), pp. 51-78.

⁷³ Sobre el gobierno de Isabel Cristina en Barcelona, V. León Sanz, “Isabel Cristina, reina y regente en Barcelona”, en *L'aposta catalana a la Guerra de Successió...* S. Sanpere i Miquel, *Fin de la Nació Catalana*, Barcelona, 1905.

⁷⁴ Castellví, *Narraciones históricas...*, III, Madrid, 1999, p. 79.

ESTUDIOS

